

Otra forma de construcción grupal

El chico callejero y su colectividad

*Jorge Gómez Mancera**

ESPALDA FRÍA
con olor a tieso sabor
de lodo y tormenta,
con pesquisas de resquemor
y hermosa sangre turbulenta.

Miles de candores
gritan en las almas de tu anteayer
porque tienes presente
entre ríos de motores
y dolores del Mayer.

Cuanta sonrisa de burla
cargan tus piernas,
entre la ironía de tus heridas.
Sigue cantando con alma burda,
Que caigan eternas
Tus lástimas preferidas
De tu andar por el mundo.¹

ESTE TRABAJO SURGE del devenir constante de preguntas actuales que se estrellan con otras preguntas de antaño; pero también de afirmaciones y descolocaciones en el ámbito de intervención dentro de la problemática de los denominados "niños de la calle". El texto pretende entender la

* Profesor-investigador. Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo. Egresado de la maestría en Psicología Social de Grupos e Instituciones, de la UAM-Xochimilco.

¹ Escrito del autor (1997) presentado en el programa de expresión corporal "Se termina abriendo caminos", como parte del diplomado en expresión corporal en la Gasa del tiempo de la UAM el 24 de junio del 2000.

dinámica grupal del niño callejero, dentro de la constitución social contemporánea que sostiene al fenómeno de los callejeros.

Hablaré del trabajo previo que dio la pauta para conformar el presente texto, que proviene de la experiencia con esta población. Discutiré la importancia de un trabajo de índole "social", a partir de la "implicación" de este escritor, impelido a escribir a partir de otras ideas trabajadas en algún viejo artículo.

Con el análisis de la implicación (presente en el impulso de escribir) se reconoce el llamado "paradigma de la complejidad" de Morin, que propone la mirada del investigador como elemento constitutivo del orden científico. En esa medida, podemos decir que la mirada no es sólo el acto biológico, sino que desde lo humano (es decir desde la ciencia) no hay posibilidad de la mirada objetiva;² siempre existe el atravesamiento de quien observa, es decir, del investigador. Esta mirada que hemos venido realizando los investigadores sociales, no se queda únicamente en la subjetividad, sino en el análisis de esta mirada; o dicho de otra manera, considera el análisis de la subjetividad y del objeto, construyendo propiamente el análisis de la implicación.

Por ello, considero en principio la historicidad de la construcción del texto, para pasar a explicar la importancia del análisis implicacional dentro de la escritura; mientras se menciona la cuestión relacional al momento del encuentro con el objeto. En la segunda parte del texto, entramos propiamente en lo fundamental del trabajo: la construcción grupal de los callejeros y la construcción social que ha hecho nuestra cultura de esa colectividad.

Construyendo la escritura y el entendimiento del objeto

Existen preguntas que circulan, preguntas que nos transforman en constructores de conocimiento, que nos invitan a pensar; pero existen otras que permanecen sin contestar a pesar de los años de reflexión.

Algunas de estas preguntas re-aparecieron ante mí después de la publicación de un pequeño artículo llamado "Pensar, sentir, vivir una insti-

^J Recordemos, por ejemplo, el análisis que hace Morin en torno a las observaciones del físico Heisenberg (cuestión también trabajada por Mañero).

.tución" (Gómez, Luna, Quiroga, 2002), cuando ya como un discurso ajeno al del investigador pude leerlo desde otro asidero (o quizá desde ninguno). Aquel artículo se publicó después de dos años de haber realizado una intervención dentro de un establecimiento que trabajaba con niños de la calle; la institución demandaba una intervención que *pudiera permitir'a la. propia comunidad reconocerse*, además de que *facilitara a la coordinación el entendimiento de la dinámica interna*. Este trabajo nos permitió conocer la dinámica de la institución, pero políticamente el equipo de interventores decidió evitar el informe directo del acontecer de intervención. Se entregó entonces un reporte que hablaba de una dinámica compleja que requería de una profunda intervención, la cual no pudo realizarse, debido a la propia dinámica y postura institucional. Aun así, el artículo se aventuró a hablar y construyó un determinado tipo de sujeto.

Cuando leí el artículo publicado dos años después, pude pensar en otra dirección. Podemos decir que esos dos años quizá me permitirían *des-colocarme*, pero no es el caso; se dijo en aquel texto que alguno de nosotros *recién-formaba* parte de la *institución* donde se realizó la intervención; debo aclarar que se trataba de mí. Este lugar me colocó en una situación complicada para la intervención, ya que comenzaban a establecerse algunas relaciones con el personal de la institución.

Quizá en aquel espacio escrito tan reducido, fue imposible dar mayor análisis a las *implicaciones relacionales* de cada *interventora* considero que es importante hoy darle un espacio específico que facilite el entendimiento de una problemática social, desde *la intervención*. Por ello es importante revisar el problema de "lo implicacional".

³ Existe un trabajo más extenso en torno a aquella intervención que aún no ha sido publicado, fechado en agosto del 2000.

¹ Quisiera diferenciar el concepto de implicación, que hace referencia al hecho mismo del atrapamiento del investigador, del término "lo implicacional", cuando trabajamos con la implicación. Estas ideas han surgido de otro artículo aún sin publicar, que trabaja la idea de que la metodología cualitativa no es subjetiva (como dicen los positivistas), sino más bien trabaja con la subjetividad.

Pensando la implicación

Desde las discusiones realizadas en diferentes espacios académicos de la UAM-Xochimilco,⁵ considero importante trabajar esta temática que se presenta como imprescindible en cualquier trabajo del ámbito "psi". Roberto Mañero decía hace algunos años que "*Estar implicado* significa estar atrapado en una *red de compromisos* que van *más allá de la voluntad* o la intención del practicante, que *sobreimprimen el sentido* de la acción o el proyecto que éste intenta instrumentar" (1993:43); estar implicado puede ser visto como un hecho inherente al trabajo de intervención, pero no podemos decir lo mismo del trabajo de análisis de la implicación, pues depende de la tradición psicológica que constituya una discursividad específica en torno al objeto de estudio.

Nuestro entendimiento de *intervención social* nos lleva a estudiar un objeto que ha de ser entendido desde un *marco relacionad* y no desde la afirmación discursiva del investigador como representante de *verdades inmanentes*. El *investigador-interventor*, por el que apuesta este tipo de psicología, se aproxima a los hechos sociales a partir del *reconocimiento* también *social* de ese *observador-investigador* que construye el campo disciplinar específico. Por eso resulta importante saber el lugar desde el que se está hablando de los callejeros.

Reconozco, pues, muchos de *los constructos compartidos* con el objeto estudiado, los *constructos del objeto* y los *constructos propios*, que aparecen en el *ámbito vincular* de la intervención, así como algunas de las implicaciones y sobreimplicaciones que facilitan o enrarecen la investigación sobre determinado objeto.⁶

⁵ Me refiero a la oportunidad que he tenido, durante mi formación en la licenciatura en Psicología Educativa y en la maestría en Psicología Social de Grupos e Instituciones, de discutir la importancia que adquiere *la implicación* en la *ciencia social actual* heredera del marxismo, la fenomenología, el psicoanálisis, la sociología, la antropología y sobre todo de la psicología social europea.

⁶ Con esto no quiero que se entienda *que existe el manejo* de implicaciones y sobreimplicaciones, pues justamente lo que define el concepto lourauniano es el campo inanalizable de la experiencia del investigador; más bien comento la utilización de algunos elementos de ese fenómeno completo que denominamos *la implicación*. El denominado *manejo* es una utopía que pertenece a modelos positivistas del entendimiento científico.

El investigador ubica una *concepción evolutiva* y negociada del *orden social*, como nos dicen ciertos autores clásicos de *la metodología cualitativa* (Bogdan y Taylor, 1998:20); no se trata de visualizar al objeto perdido, sino de comprender sus conformaciones sociales (en este caso nos interesa la configuración grupal del trabajo con niños de la calle).

La implicación surge entonces de la *situación vincular* en la investigación; podemos decir que es inherente a ella. Creemos que en este sentido la fenomenología ha otorgado un gran aporte, al tratar de entender los fenómenos humanos "desde la propia perspectiva del actor" (1998:20). En este caso los actores somos todos los involucrados en el proceso de investigación, pues además no existe modo de quedar fuera del fenómeno grupal.

El presupuesto fenomenológico fundamental nos dice que "toda pregunta sobre un ente cualquiera es una pregunta sobre el sentido de ese ente" (Ricoeur, 2002:54). Es el entendimiento del actor, de ese ser que se entiende con su lenguaje, para su lenguaje.

Así, el otro lenguaje que ha encontrado el investigador social para ello es el lenguaje del *análisis de la implicación*; porque ni siquiera podemos pensar que es el lenguaje de la implicación, propiamente dicho, el que constituye el punto central de entendimiento del fenómeno experimentado entre sujeto y objeto de investigación.

Pero no debemos perder de vista que no solamente hablamos de una relación presente, sino de una *pre-existencia imaginaria* del *Otro* en la historia que precede al *encuentro {entre sujeto y objeto, que en este caso surge justamente en algún tipo de conformación grupal}*, e incluso en la propia historicidad para llegar a ese encuentro *{las formas de demanda, tanto del sujeto como del objeto, que determinarán el establecimiento relacional en su prosecución}*.

Decimos, por ello, que *la implicación no es propiamente un hecho individual, sino netamente social*,⁷ pues no existe una implicación ajena a las relaciones personales, vinculares e históricas del investigador; existe —justamente— sólo en *la, medida vincular, en la alteridad misma de lo humano*, en el complicado encuentro sujeto-objeto. Por tanto sus voces

⁷ Por ello es que se considera importante tomar el problema de la implicación, para hablar de un fenómeno social, pues justamente la implicación es un fenómeno social dado en los encuentros grupales, en la realidad y en el imaginario.

han de surgir desde lo individual, lo vincular, lo colectivo, y han de tomar forma en el discurso escrito de los investigadores que nos dedicamos a des-articular los discursos que atraviesan a *la implicación objeto-sujeto y la transversalidad* institucional que permite justamente el encuentro*.

El encuentro con nuestro niño callejero se presenta como una oportunidad para involucrarnos en un fuerte problema humano, del que quizá sea imposible tomar distancia. Pero tratamos de analizarlo, desde el plano que facilitó el encuentro —en este caso, desde el *plano institucional*. El encuentro se permite en la institución que *construye un grupo*, donde sujeto y objeto pueden llegar al encuentro.

El encuentro es justamente ese momento del *aquí y ahora*, pero que contiene esa *historicidad* que construyó una *vinculación específica*, atravesada por una serie de compromisos sociales y éticos, que podemos denominar *postura política*. *La implicación se gesta en la relación vincular imaginada previamente, en la relación vincular presente y en la relación vincular recordada* (quizá tengamos que pensar en la *relación vincular anhelada*, pero ésta será motivo de un escrito posterior). Todas provienen de problemáticas imaginarias, pero no por ello dejan de constituirse como elementos distintos a ser considerados en el denominado "análisis de la implicación".

Cuando Mañero dice que con esta noción (la de implicación) quiere "significar el conjunto de *compromisos teóricos y prácticos, conscientes e inconscientes que el profesional sostiene* con diversos elementos y estructuras de una sociedad, *la implicación del profesional* puede conjugarse, entonces, de manera *activa o pasiva*. Implicarse significa comprometerse con una causa o una actividad, con *una forma social o con una acción*" (1993:43)."⁸

⁸ Sería importante tomar en consideración estos conceptos para trabajarlos a profundidad en el entendimiento de nuestra problemática. En otro espacio problematizaremos la concepción de transversalidad desde los diferentes aportes del análisis institucional, la psicoterapia institucional, la pedagogía institucional y el socioanálisis, tomando básicamente los pensamientos de Guattari y Sartre.

⁹ La implicación puede entenderse en los planos epistemológico (Kaminsky, 1990) y de intervención, este último más trabajado por Lourau (cuando habla de la "práctica del interventor").

" Cabe destacar que Mañero en esta última oración hace referencia a la denominada implicación, pero menciona también el concepto de *sobreimplicación* (las cursivas y subrayados son míos, para resaltar puntos de discusión). Aunque considero que nos da a entender de manera profunda lo que significa también el concepto de la implicación; por otro lado, he de recordar que la sobreimplicación es una aportación que puede pensarse en el ámbito mismo de la construcción científica, pues como dice Lourau ("Libertad de movimientos"), hace referencia al campo imposi-

El compromiso que es motivo de la búsqueda de postura *político-científica*, " constituye en gran parte la mirada sobre el objeto de estudio; por otra parte, este nuevo entendimiento de la ciencia social debe pensarse también desde el objeto; debemos permitir que el sujeto hable con su propia voz, como lo dicen Bogdan y Taylor: *El investigador cualitativo trata de comprender a la realidad social dentro del marco de referencia de los mismos sujetos* y, como dijimos anteriormente, *utiliza la fenomenología, corriente filosófica que considera indispensable se experimente la realidad tal como los sujetos la experimentan.*

La postura política misma se transforma ya en el lugar de la implicación, en la instancia vincular y de relación específica de construcción del sujeto-objeto.

Ahora hemos de discutir la dificultad de esta problemática y de la investigación planteada en el artículo (antes mencionado) de *Tramas*, el texto habla de un trabajo de grupo donde nos reunimos tres psicólogos que teníamos alrededor de cuatro años de trabajo con "niños de y en la calle",¹² así como otro compañero que se interesó en esta problemática,¹³ siendo el único de los cuatro que no había trabajado con este tipo de población.

El discurso con el que comenzamos a debatir en torno al objeto se transformó en diversas posturas y entendimientos de la problemática, basada en experiencias distintas de trabajo institucional.

ble del análisis del y para el investigador; su análisis quizá nunca sea posible, aunque puede en algún momento hacerse presente en los análisis post-investigativos, por lo que considero pertinente que los investigadores volvamos sobre nuestros textos añejos, para re-pensar los atravesamientos implicacionales que constituyeron a determinado objeto.

¹¹ Cuando hablamos de ciencia, no estamos haciendo referencia al clásico entendimiento de este concepto que se acerca más a la corriente positivista, sino que toma en cuenta los aportes actuales que han gestado una nueva construcción de la ciencia social, iniciada por las corrientes filosóficas de la fenomenología y más tarde por el existencialismo.

¹² Recordemos que se ha denominado *niños de la calle* a aquellos que permanecen constantemente en la calle y cuya comunidad urbana —sobre todo— se transforma en una forma de vida, sin llegar a tener un lugar firme donde pernoctar y que regularmente han perdido el contacto con sus familiares (cabe aclarar que hoy se ha preferido utilizar el concepto de *niños en situación de calle*). En cambio, *los niños en la calle* son aquellos que aún poseen una familia con quien se encuentran por las noches, aunque el contacto mayor lo tienen con personas de las zonas urbanas, debido a algún trabajo que les es asignado.

¹³ Los cuatro pertenecíamos a la tercera generación de la Maestría en Psicología Social de Grupos e Instituciones: Marco A. González Villa, César Quiroga Pon/i, Dayana Luna Reyes y yo.

Nuestras reuniones no fueron sencillas; partían de experiencias diversas, aunque encontramos un buen grupo de discusión donde se podían exponer diferentes puntos para problematización; los lenguajes se fueron acoplando y permitieron erigir un discurso que sería ahora producto de esta constitución grupal de cuatro sujetos, que construían un tipo de intervención, con su postura política e implicaciones grupales correspondientes.

Entonces, siempre que algún sujeto forma parte de una investigación, construye un tipo de discurso colectivo que en ocasiones ya no es el de la propia experiencia, sino el de una construcción grupal en torno a un objeto.

Eso fue lo que le sucedió a este investigador (en la institución donde se intervino), quien debió trabajar con sujetos que eran ya sus compañeros dentro del establecimiento; debiendo así trabajar con un *lugar diverso de implicación*, que lo invitaba a guardar silencio y a hablar cuando había *omisiones*. Se debió, entonces, trabajar con este problema metodológico.

Debido al problema de la implicación, se requería de una singular distancia con el fenómeno estudiado, ya que tenía años de trabajo con la problemática.¹⁴ Por lo que cualquier reflexión quedó postergada, pero hoy se recupera tras un largo silencio (el lector puede entender por qué se toma el presente escrito desde la problemática de la implicación y la escritura de su análisis).

El escape de ese silencio me llevó a pensar que el lenguaje utilizado por nuestro texto era por momentos reduccionista; me daba la impresión de que traicionaba toda la complejidad de trabajo con esta población que es sumamente difícil de abordar, además tenía la sensación de haber *construido* un *gran silencio*. Escapo ahora de ese silencio, a partir de entender el problema del chico callejero, desde todas las *gmp*alidades (e instituciones) que lo conforman y no desde un solo encuentro institucional.

Las instituciones poseen grupos específicos de trabajo, crean sus formas de establecer relaciones entre los sujetos, una relación que adquiere sus especificidades por medio de los *dispositivos institucionales* (término que se apoya en las aportaciones foucaultianas) que gestan un tipo de interacción entre los llamados trabajadores y los beneficiarios.

¹⁴ Aunque verdaderamente no eran tantos, el nivel de implicación parecía aumentar la noción misma de trabajo con los sujetos, que por ser tan profunda, puede llegar a parecer —por supuesto que hablo desde mi lugar implicacional— un espacio-tiempo extenso y con profundas cargas de circulación afectiva.

Estas relaciones mediatizadas pudieran pensarse desde otra consigna u otro dispositivo de encuentro humano; las instituciones parecen establecer un solo tipo de relación humana, que en caso de tergiversar la consigna institucional hacen surgir otro *aparataje* dispuesto, que sanciona determinadas *^r w ^f de encuentro*.

Avatares constantes de trabajo patentes en esta praxis con el chico callejero, me llevaron a entender las distintas posibilidades de relación surgidas del encuentro entre determinados sujetos: el chico callejero y el chico callejero; el chico callejero y el grupo callejero; el grupo callejero y el colectivo; el chico callejero y la institución asistencial; el grupo callejero y la institución asistencial.

Propiamente, alcanzo a entender las complicadas conformaciones grupales, que estructuran el problema de los chicos callejeros, es importante pensar que tanto el *grupo* como la *grupalidad* deben ser analizados, pues es difícil pensar a un chico de la calle en solitario. El fenómeno de los callejeros es un problema colectivo, un fenómeno netamente urbano, donde existe la posibilidad de que un sujeto subsista, gracias a los desperdicios, físicos y simbólicos, de una sociedad globalizada, que cada vez más tiende a *desechar*.

En el análisis que sigue, se pone énfasis fundamentalmente en el grupo callejero y su relación con el colectivo estructurado desde la modernidad, mientras se reconoce la especificidad de la realidad mexicana.

Los grupos y el niño callejero

PRESENCIA

Niño luz,
Tus tristes ojos
Son dos grandes verdades
Que pasan en todas las ciudades
Donde hay excesos y despojos.

Que toda la calle
Conviertes en tu casa
Donde tu triste infancia pasa
Esperando más que un detalle.

Cargas sobre tus sienes
Sentimientos que no han escapado
Y a tu corazón se han atado
Por eso caes y no te detienes

Coladera para ti es "colacha"
Donde limitas a la soledad
Donde juegas con la libertad,
Evitando unirse a la gente que marcha.

MOISÉS SALAZAR SÁNCHEZ¹⁵

El grupo callejero aparece en el *resquebrajamiento* mismo de lo social, pues representa una grupalidad amenazante para el entorno; pero también aparece como la oportunidad para realizar "obras caritativas" por el dolor que provoca en la mirada del otro.

Pero no representan grupalidades de reconocimiento para un Otro; aparecen más como *grupos fantasmagóricos*¹⁶ que transitan por las ciudades, figuras que parecen no pertenecer al cuerpo material (y simbólico) de las ciudades, a pesar de ser básicamente un fenómeno urbano. Las ciudades representan la cuna de los niños de la calle, la cuna del sujeto que pelea por serlo dentro de diferentes formaciones sociales que los construyen con miradas vacías, dolorosas, lastimeras y temerosas. Cabría preguntarse ¿cuál será la mirada que se avoca a ese sujeto concreto? ¿Cuál será la posible mirada que escape al dolor impuesto para el encuentro entre el sujeto callejero y los otros ciudadanos?

Justamente es *el dolor* el que aparece en una *cultura judeo cristiana*, como el motor para este tipo de encuentro; *la moneda* aparece como una *relación* con ese ser que no se mira de frente; sólo la mirada periférica accede a ese sujeto que se aproxima a un *no encuentro*, se transforma en un acercamiento utilitario, donde esos dos seres *se necesitan*: uno para cubrir las distintas necesidades, que van desde el alimento hasta el requerimiento de inhalantes que permiten a un tiempo el escape de la reali-

¹⁵ Agradezco a Moisés la oportunidad de utilizar este texto, que dedicara a los chicos en una exposición de escultura y pintura de niños de la calle. Su trabajo de intervención se lleva a cabo actualmente en Fundación Casa Alianza, I.A.E

¹⁶ Se hace referencia a la construcción social de fantasma; no confundir con las aportaciones psicoanalíticas sobre *b fantasmático*.

dad, la desaparición del hambre o el frío. Mientras que la otra parte tiene la oportunidad de mirar lo que considera los horrores y amenazas de la calle, o la posibilidad de realizar un acto positivo de "ayuda caritativa para con el otro".

Estas miradas urbanas provienen del mundo globalizado, de las culturas, de la economía y de las formaciones familiares diversas. La mirada urbana se confunde con el hartazgo de estímulos urbanos, con los sueños cinematográficos hollywoodenses que nos invitan a observar *los extremos humanos* como parte de una *representación* u aparato del que solo basta oprimir un botón para que dicha realidad se esfume.¹⁷ La construcción de nuestra realidad escapa a las vivencias de los sujetos que constituyen un entramado colectivo: la realidad aparece ya como parte de los *mass-media* y los *mass-media* como parte de la realidad.

Quizá podamos pensar en que las realidades presentes de esos *niños de la calle* y todos los otros que parecemos ya transformarnos en espectadores, constituimos un tipo de *identidad* que nos lleva a identificarnos con esas imágenes que se acercan más al *close-up*, y que no observan ya sujetos sino recortes a manera de *pastiche*,¹⁸ que sólo permiten construir sujetos dramáticos televisivos, o más propiamente, fragmentos dramáticos a modo de recortes de lo humano, que ahora podrán seguirse como realidades completas de un sujeto que por ser recorte ya no existe; pero también pudiéramos pensar que quizá sea la única posibilidad de relacionarnos con él.

Ornar Calabrese nos dice respecto de las formaciones establecidas por los *mass-media*, que él ha dado en llamar "la era neobarroca": "Consiste en la búsqueda de formas —y en su valorización— en la que asistimos a la pérdida de la integridad, de la globalidad, de la sistematización ordenada

¹⁷Tomo la denominación "cultura del *zapping*", de Luis Eduardo Autc, quien en el concierto del 8 de marzo del 2003 hizo referencia a ella, por medio de un chascarrillo: "el hombre actual ya no debe llamarse *Homo Sapiens* sino *Homo Zapping*".

¹⁸Ornar Calabrese hace referencia al *pastiche* como un concepto que designa el fenómeno donde los símbolos o iconos tienden a ser repetidos; por ejemplo: los recurrentes re-encuentros de grupos rock, pop u otros, o incluso las nuevas grabaciones de canciones de antaño, o remasterizadas. Este fenómeno, según el autor, representa la imposibilidad de la cultura actual para crear sus propios signos, por lo que algunos autores utilizan el término como sinónimo de decadencia, para explicar este hecho. Y yo me pregunto: ¿cuántos signos se re-presentan a partir de ese fenómeno de los infantes callejeros?

La repetición de los fenómenos del niño callejero en las calles y los transportes públicos, se presenta ya como un *icono* que se opone a la realidad misma de esos sujetos, pero que construye la realidad urbana del *vínculo sociedad/niño callejero*. Tan sólo una *mirada vacía* de los sujetos a los que alguna vez perteneció, pero llena de nuevos sentidos constitutivos de la subjetividad vincular de estas dos realidades ciudadanas.²⁰

La construcción vincular aparece como las construcciones televisivas de mirada, con los cientos de imágenes que podemos ver por minuto y donde ya no hablamos, comenzamos a ser construidos por fragmentos de alteridad tan sólo mirada. "La comunicación es demasiado lenta, es un efecto de lentitud, pasa a través del contacto y de la palabra. La mirada corre más, es el *médium* de los *media*, el más rápido. Todo debe representarse instantáneamente. No nos comunicamos jamás. En la ida y la vuelta de la comunicación, la instantaneidad de la mirada, de la luz, de la seducción, ya se ha (ya parece) perdido" (Baudrillard, 2000:6).

El chico de la calle representa otro tipo de alteridad, se lo ha mirado por años tratando de comprenderlo, pero actualmente *su imagen* se ha difuminado, aparece como un ser fantasmagórico, porque forma parte de los estímulos urbanos de la Ciudad de México; la mirada actual se altera con elementos cada vez más profusos, incisivos, lastimeros y que muestren el desgarramiento del sujeto a nivel físico: ya no basta el desgarramiento de las subjetividades humanas expuestas; hoy es preciso que los chicos utilicen su camisa como sostén para un colchón de cristales que permitan un espectáculo, donde se involucre el atrevimiento, el dolor y la fisura corporal.²¹ Función que se antoja a las miradas urbanas, que prestas voltean para constituir justamente *el espectáculo* que a un tiempo horroriza, duele, invita, y moviliza los *superyós* dispuestos a pagar no por ver semejante escena, sino para que justamente se termine. Lo único que desea el espectador es que concluya ese recorte de realidad —instantánea—, no la realidad misma en su totalidad.

²⁰ Hago referencia a los seres urbanos que pertenecen a realidades de una ciudad, no a la situación jurídica de ciudadanía.

²¹ Hace unos cinco años se instauró la moda, entre niños del centro de la Ciudad de México, de acostarse en su camisa llena de cristales rotos, para pedir alguna moneda a los transeúntes o pasajeros de los transportes públicos. No quiere decir que la práctica no haya existido, sino que se hizo moda hace poco tiempo. A últimas fechas llama la atención que el espacio más utilizado para ello sea el metro.

Aunque los transportes públicos comienzan ahora también a acostumbrarse a tales escenas, comienza ya a formar parte del *folclor cotidiano* de nuestras ciudades. Pero cabría todavía preguntar ¿a qué responde esta teatralidad? Se puede decir que no es una representación, porque pertenece al denominado *mundo real*, pero podemos pensar que no deja de ser una *representación*; es algo que se *re-presenta*, algo que se nos vuelve a presentar nuevamente; es la nueva aparición de eso que realmente somos los sujetos urbanos: *el chico callejero limpiabotas, inhalador, teatrero, faquir, vendedor, prostituto o chantajista*.

O tal vez, observamos una serie de *simulacros*, como los llama Baudrillard: "toda la realidad social ha llegado hoy día a su punto de 'éxtasis'... donde las cosas, privadas de su finalidad y de su referencia 'sobreactúan, por así decir, hasta convertirse en formas vacías, puros objetos fascinantes" (Baudrillard, 2000:6). Quizá esas formas vacías pero excitantes son eso: *vacíos actuantes* de representación que alteran la mirada, pero que obligan a *morder la lengua* del espectador, ante el vaciamiento del sentido de algo que resulta tan atrayente, que se nos presenta como imposible.

Lo que aparece como imposible es la *seducción muda* de este niño callejero; pero cabría preguntarse —como lo hace el autor mencionado— "¿por qué no aceptar el placer de la seducción muda del objeto, su ironía y su fatalidad?"

Justamente *la tragedia* ante el fenómeno mismo del niño de la calle es otorgada por la negación de una seducción ya precisa y candente, que ha de ser acallada por las conformaciones urbanas de *la realidad*. *El par trágico* del vínculo sociedad/niño callejero otorga realidad a las dos instancias sociales, regalándoles sus *roles dramáticos*.

El vacío mismo entonces no le pertenece ya solamente al niño callejero, sino a su par constituyente: *el otro ciudadano*.

Formación especular de tinte dramático, reflejo incesante de dos ciudades inscritas en un discurso trágico, como el reflejo de las ciudades calvinianas.

Los antiguos construyeron Valdrada a orillas de un lago, con casas todas de galerías una sobre otra y calles altas que asoman al agua parapetos de balaustres. De modo que al llegar el viajero ve dos ciudades: una directa sobre el lago y una de reflejo, invertida. No existe o sucede algo en una Valdrada que la otra Valdrada no repita,

porque la ciudad fue construida de manera que cada uno de sus puntos se reflejara en su espejo, y la Valdrada del agua, abajo, contiene no sólo todas las canaladuras y relieves de las fachadas que se elevan sobre el lago, sino también el interior de las habitaciones con sus cielos rasos y sus pavimentos, las perspectivas de sus corredores, los espejos de sus armarios. Los habitantes de Valdrada saben que todos sus actos son a la vez ese acto y su imagen especular que posee la especial dignidad de las imágenes.²²

Como *Valdrada*, encontramos la imagen en negativo del acontecer doméstico y urbano; encontramos detrás de la presencia de estos sujetos que recuerdan *la podredumbre humana*, la representación que le pertenece a la ciudadanía del mundo. Valdrada se escribe como pretexto, pero valdría lo mismo decir México, Puebla, Pachuca, Madrid o Buenos Aires.

Un grupo que aparece como reflejo de lo que *otros niños* experimentan dentro de escuelas, hogares y películas infantiles; *mentiras de infancias* que hemos querido *soñar*, a pesar de las voces quejosas, las miradas ausentes y los sujetos rotos. La sociedad prefiere la venta de simulación infantil, las películas de Disney,²³ los juegos Fischer-Price y las canciones de Barney.

"No diferenciaremos lo verdadero de lo falso, buscaremos lo más falso que lo falso: la ilusión y la apariencia" (Baudrillard, 2000:6).

La construcción social actual pretende imaginar un *niño tierno*, mentira de su realidad, construcción falaz de la infancia surgida en los siglos XIX y XX. Si bien podemos considerar un error el trato infantil que se ha dado en la historia de la humanidad (y que precedió a esta construcción), entendiendo que: "no se pensó que la niñez fuera un estado separado de la edad adulta, y que la disciplina severa era la suerte que normalmente esperaba a los niños" (Pollock, 1990:49); podemos también decir que esta construcción mítica del niño no facilita el desarrollo de este grupo humano, porque se sigue partiendo de construcciones imaginarias que pretenden negar a estos sujetos: *los niños*.

Así, los niños reales de nuestras ciudades no pueden encontrarse en las pretendidas ilusiones adultas, que representan las represiones y anhe-

²² Italo Calvino, *Las ciudades invisibles*, Colección Millenium, Madrid, 1999.

²³ Además, no podemos olvidar la construcción imperial que representan las historias waldinescas, que impelen a construir sujetos solitarios, con familias donde la paternidad no existe; más bien existen tíos y sobrinos, como lo explican Dorfman y Mattelart en *Para leer al Pato Donald*.

los infantiles. Esos adultos creen haber perdido una infancia, y pretenden alcanzarla por medio de la niñez de esos otros-nuestros hijos, que podrán repetir en palabras —al menos— nuestra ilusión pretendida sólo para nosotros mismos y no para *ese ser* que tenemos *en frente*. Pero es justamente la ilusión y el ser de carne y hueso —es decir la relación seductora, el par trágico—, lo que constituye eso que damos en llamar *la construcción de la realidad colectiva del niño callejero*.

Del colectivo imaginario al grupo de encuentro

Hemos hablado de un colectivo que repite constantemente fragmentos de imaginario, imágenes insistentes que propician el encuentro, un encuentro sólo surgido de caleidoscopios simbólicos humanos. Pudiéramos pensar que esta repetición representativa "arrebata a las cosas su cualidad 'subjética para entregarlas a la única atracción del rasgo repetido, de la definición repetida, que las arrebata a sus causas 'objetivas' para entregarlas a la exclusiva fuerza de sus efectos desencadenados", como nos explica Baudrillard (2000:7). Pareciera, en este sentido, que existe un robo a la subjetividad de ese sujeto real (el niño de la calle); pero podríamos decir que en la misma medida en que le es arrebatada le es devuelta otra *conformación subjética*, venida de imágenes también apenas percibidas por otro: *conformación vacilante* pero verdaderamente *estructurante* de esta *realidad subjética*.

Por añadidura, "lo real no se borra a favor de lo imaginario, se borra a favor de lo más real que lo real: lo hiperreal. Más verdadera que lo verdadero: como la simulación" (Baudrillard, 2000:9). Justamente la simulación es el campo de encuentro de los diferentes grupos que rodean y constituyen a la realidad de los callejeros.

El sujeto real es *simulación para el encuentro*; importante entender que en esta medida mi intervención con estos sujetos no está más que constituida por *simulaciones* que conforman mi subjetividad con relación a la de aquéllos; además de estar permeada básicamente por mandatos y encargos sociales.²⁷

^M Roberto Mañero, en su libro *La novela institucional del socioanálisis*, nos explica los dos términos, que yo puedo entender de la siguiente forma: la sociedad demanda atenciones en

Los niños de la calle se encuentran, en primera instancia, con ese que representa *la mismidad*, un otro con quien podrán encontrarse en alguna medida; aunque no podemos siquiera decir que los grupos de callejeros se conforman por identificaciones que buscan *el encuentro*, quizá sean identificaciones, pero sólo como *posibilidades de sobrevivencia*.¹⁵

Para ello tenemos que indagar la génesis de esta problemática social dentro de los hogares; los niños de la calle mayormente provienen de familias que viven en pobreza extrema, pertenecen a los 17 millones de niños y jóvenes menores de 18 años (45% de la población) que no tienen las posibilidades económicas para vivir. Puede sonar aun más escandaloso conocer que 11 millones aproximadamente sufren indigencia aguda (Leñero, 1998). Estas cifras pertenecen al *Segundo Censo* realizado a los niños de la calle en 1998; por lo que podemos pensar, no por pesimismo sino por la tendencia del fenómeno, que esta situación ha empeorado.

Cuando hablábamos de Valdrada, se mostraba el espejo de la realidad mediante este elemento simbólico utilizado a manera de metáfora, pero habría que pensar: *no existe metáfora alguna*, más bien *se espejean perfectamente* la realidad cotidiana de los ciudadanos y esos callejeros que parecen haber perdido ya su ciudadanía.

Esos sujetos que parecen haber perdido su condición de ciudadanos, encuentran su ciudadanía de las coladeras; individuos en primera instancia anómicos,²⁶ parecen integrarse al mundo social a través del submundo,

determinadas circunstancias sociales, solicita que sean trabajadas en algún nivel; estas demandas iniciales (Mandato social) atravesarán a las posteriores demandas institucionales, que finalmente provienen de una constitución institucional que busca darles respuesta.

²⁵ Deseo aclarar que no utilizo el término de sobrevivencia como una designación específica hacia el niño callejero, porque esa designación habla de que el niño de la calle sobre-vive, y creo que debemos salir de esa designación, porque sólo construye a sujetos ante los que hay que sentir lástima (ya que apenas *sobreviven*). Creo que si bien es difícil vivir en la calle, la designación de la sobrevivencia impele al designante y al designado a buscar en su construcción católica, constitutiva de la subjetividad del creyente mexicano, que permea todas nuestras subjetividades (a pesar de que algunos nos nombremos como no creyentes).

²⁶ Con Bruno Gutiérrez Bravo hemos discutido durante años el límite entre el orden, el desorden y el caos; hemos nombrado a los sujetos marginales como anómicos, cuando nos referimos a su tránsito real y simbólico por el caos; sin embargo, aún permanecen las discusiones que nos puedan llevar a entender a estos seres que por lo pronto representan eso que llamamos "la diferencia". Aunque habría que pensar en las aportaciones deluczianas en torno a la relación que guardan la identidad y la diferencia, expuestas en su texto "Diferencia y

del mundo real y la ilusión. El mundo real lo representan sus hambres, dolores, persecuciones, golpes y libertades; mientras que el mundo ilusorio lo conforman sus encierros, terrores, las promesas de las instituciones, sus alucinaciones adictivas²⁸ y, sobre todo, la promesa de que algún día podrán "llegar a ser alguien".

Y creo que es justamente *esta promesa*, la que le otorga un lenguaje a estos sujetos para relacionarse con las instituciones, que si bien les permiten muchas veces sobrevivir, también terminan por establecer el punto álgido de su propio drama.

Entre estas realidades e ilusiones, el callejero se encuentra con otro callejero, con otro sujeto dramático, con otro sujeto escindido por el drama que ahora comparten; el otro sujeto la mayoría de las veces se transforma en *el carnalito*, en el hermano de una familia, aunque no deja de existir el atravesamiento de la ilusión, pues finalmente se sabe que el carnalito sólo puede representar el instante de la sobrevivencia; en otro momento quizá tenga que huir también de ese sujeto o quizá en casos extremos tenga que abandonarlo (o incluso terminarlo).²⁹

Estas relaciones mediatizadas por la sociedad poseen su propio *orden* (de la coladera, el baldío, la casona, el basurero, la cueva, etcétera) en contraposición con el orden establecido para la ciudad; se rigen bajo determinadas leyes, determinadas transgresiones y sanciones.

Es común que se piense a los callejeros como seres caóticos, que viven en la *ley de la selva*; si bien estos sujetos no viven el orden urbano de los otros, tampoco vemos su mundo como caótico; podemos más bien pensar el *otro orden* que constituye a este grupo humano, que no deja de tener un *atravesamiento institucional* que lo constituye: *la ilusión societal*.

Se dice que *todo grupo posee un atravesamiento institucional* y también que toda institución posee dentro de sí misma grupos organizados (Delahanty, 1997); el caso de los niños de la calle no es una excepción, pero sería una operación simple decir que a todo grupo pertenece una institución y que a toda institución pertenece un grupo.

²⁸ He de decir, por experiencia de trabajo con estos sujetos, que entra en debate si el callejero es adicto a la droga, o más bien adicto a las alucinaciones, pues he llegado a observar chicos que alucinan con sustancias no alucinógenas, e incluso son capaces posteriormente de hablar de ese trance de la misma forma en que lo hacen con sustancias alucinógenas.

²⁹ Un ejemplo de ello lo podemos encontrar en la cinta mexicana *De la calle*, aunque sabemos lo pobre que pueda resultar esa representación, en contraposición con los sujetos reales.

Cuando hablamos de los callejeros no hablamos de *grupaldades estáticas* y que tengan un espacio de encuentro; el chico de la calle existe en grupaldades, multitudes y masas dentro del denominado *grupo callejero* (designándolo específicamente como grupo humano, no como formación grupal). Debemos entender qué provoca la cohesión del grupo; dijimos que su constitución se acerca más que a una tarea simbólica de grupo, a una tarea real; en primera instancia, de sobrevivencia y más tarde adquirirá su complejidad simbólica de "la calle".

Podemos decir que a *todo grupo humano pertenece una tarea* o que a *toda tarea humana le pertenece un grupo*, pero en este caso la tarea grupal está desdibujada, los grupos en muchas ocasiones son efímeros, las formaciones que poseen son de defensa, de ataque a otro grupo y de una cohesión interna por momentos muy fuerte a nivel afectivo, cosa que pudiéramos emparentar con las teorizaciones de grupo descritas por Bion (1979). Aunque considero que aquella propuesta estaba fundamentada en las formaciones simbólicas que conforman a las grupaldades hasta actuar sobre las relaciones de los sujetos dentro de la misma.

En este caso la situación es distinta; antes de que exista un simbolismo, existe *lo real*, que a la larga encontrará su formación simbólica. Quizá las grupaldades de niños de la calle hubieran sido motivo de interés para las teorizaciones bionianas, en torno a las tres posibilidades de actuación grupal que existían alrededor del líder; claro que en este caso no hablamos de la relación con un *líder concreto*, ya que el líder puede aparecer en cualquier momento y puede movilizar fuertemente a un grupo o varios grupos de niños de la calle, tal como sucede en las multitudes o muchedumbres (Le Bon, Me Dougall, Freudy Anzieu).

Estas formaciones que podemos denominar como *explosivas*, pertenecen en algún momento a un *líder efímero* que propicia movimiento del grupo en algún instante, y debido a *esta, fugacidad* podemos pensar que el *líder no existe*. El grupo actúa por momentos como una *grupaldad primitiva* que únicamente se *defiende* y cuando ya no puede hacerlo, prefiere *huir* (el supuesto de *Ataque-Fuga bioniano*); la grupaldad es emotiva, agresiva e impulsiva, características que justamente semejan la multitud. Pueden llamar la atención dos cosas en este sentido: que grupos pequeños actúen como multitudes y que los sujetos sigan líderes que parecen no existir.

Este grupo se encuentra armado en torno a *una puesta en común*⁵⁰ alrededor de la sobrevivencia. Anzieu nos dice que la psicología clásica respondería a la conformación de "la puesta en común" de grupo, así: "el grupo es la puesta en común de representaciones, sentimientos y voliciones; las representaciones, es decir, las percepciones y las ideas, deben controlar los sentimientos y gobernar las voliciones tanto en los grupos como en los individuos" (1993:40).

Freud decía que *el grupo* es la identificación de sus miembros con el jefe y la de ellos entre sí. Aunque es importante considerar que estas aportaciones remiten a pensar básicamente en la constitución imaginaria y simbólica de la figura paterna que permite la cohesión de grupo. En el caso que nos convoca, las figuras paternas y maternas poseen una especificidad que debemos estudiar con detenimiento, ya que resultan imprescindibles para entender las relaciones de los callejeros; motivo que no podremos analizar con detenimiento debido al espacio. Por ello buscamos por ahora las aportaciones en torno a las formaciones grupales, para que en otro momento vayamos sobre las identificaciones.

La psicología grupal, según Anzieu, "describe la relación entre las afinidades interindividuales y la moral de un grupo; si las antipatías pasan de cierto umbral y si se dirigen, fundamentalmente hacia los responsables del grupo, la moral será baja" (1993: 40 y s.).

Me pregunto si estos grupos de callejeros habrán sobrepasado el umbral que provoca determinadas relaciones entre ellos, al grado de que pareciera no importar si se daña a otro compañero del mismo grupo. Podemos responder inmediatamente que el umbral no lo ha traspasado el propio grupo, sino más bien, quien lo ha atravesado es la sociedad en toda su amplitud; las actitudes de este tipo de grupalidades está permeada por las formaciones sociales que han facilitado la expulsión de los niños y jóvenes a las calles.

Los sujetos provienen de la expulsión y de la persecución, donde la moral social pierde toda su definición; sin embargo, la sociedad le *exige al sujeto*, por medio de las *mencionadas ilusiones*, que establezca *relaciones morales* con sus semejantes, situación que posiblemente *instituye el*

³⁰ Anzieu señala en *El grupo y el inconsciente* que rodo el grupo es una puesta en común, aunque se pregunta: ¿puesta en común de qué? Considero que en este caso hablamos de puesta en común de sobre o supervivencia.

drama del sujeto callejero, un drama de sujetos rotos, con morales incipientes que fueron escindidas a partir de una *expulsión*?¹ Expuestos ahora a una realidad donde quizá lo que menos importe es la moralidad, lo que importa es la sobrevivencia; finalmente las relaciones están mediatizadas por la exigencia de las *instituciones asistenciales* que *solicitan* de él *un sujeto moral*. Me pregunto: ¿con qué herramientas sociales, culturales y hasta éticas se puede exigir un sujeto moral,³² a un sujeto con una historia que en dos sentidos (moral y social) podemos considerar como desmoralizante?

Anzieu, al hablar de otra conformación de grupo, nos explica: "en cambio, si las simpatías son numerosas, ampliamente repartidas y los responsables participan de ellas, la moral será elevada" (1993:41). Esta experiencia poco tendría que ver con nuestros sujetos; con esto no quiero decir que no existan simpatías; más bien que las simpatías surgen quizá de la identificación con los sujetos que *puedan provocar menos daño*, que estén siendo dañados igual que ellos, o con la posibilidad de obtener un provecho del otro (habría que pensar que no son los únicos grupos que se conforman de esta manera; existen diferentes formaciones humanas en *este* sentido).

Estas dos interpretaciones pensadas por Anzieu como elementos de la psicología social clásica, nos permiten tener apenas un esbozo de la complejidad que involucra esta problemática social de los callejeros; de quienes aún debemos aprender *la conformación grupal mutable, esquizoide y efímera*. Y es justamente ahí donde también el psicólogo social, con sus ilusiones científicas, pretende encontrarse con el tradicional grupo, cuestión que más bien debiera llevarlo a repensar no sólo esa realidad, sino el problema del significado de grupo desde otra perspectiva.

A pesar de ello, nos siguen siendo útiles los conceptos bionianos; en este caso pensemos en la conformación *dependiente del grupo* en torno al líder; funcionan como grupalidad masiva a través del líder, pero curiosamente el líder se encuentra desdibujado, puede mantenerse un largo

³¹ Sea del modo que haya sido el nacimiento de ese niño callejero, por expulsión directa, descuido o en muchos de los casos por huida.

³² Además parecemos exigir antes que nada un sujeto atravesado por lo jurídico, olvidándonos, en primera instancia, que es un sujeto de derecho, pero no sólo eso, ¿por qué pensamos antes que nada en este plano y no en otra conformación cultural de sujeto?

periodo, o incluso puede tener existencia efímera (sólo por unas horas). Quisiera para ello traer aquí algunos ejemplos:

En una grupalidad del "Franz",³³ algunos niños de entre 10 y 13 años de edad comenzaron a reunirse en el punto, pero al tiempo comenzaron a bajar "los de Garibaldi";³⁴ uno de los chicos del Franz perteneció, en algún tiempo, a la banda de los Garibaldis,[^] esto facilitó que los del Franz no fueran maltratados por los Garibaldis, quienes más bien andaban cerca de la mayoría de edad e incluso la rebasaban. El grupo del Franz adquirió un líder: Cristian (el exgaribaldi). El grupo se sentía protegido por él, pero al paso del tiempo el joven adquirió un lugar exclusivo, ya no salía del lugar, encontró una coladera desocupada cerca de ahí y pronto hubo de instalarse en ella, ahí recibía comida de los niños, droga y hasta le consiguieron un televisor, también se acercaban "las morras"³⁶ a hacerle favores. Él no tenía que moverse, "hasta que bajaron los de la doctores y les partieron su madre"; el grupo se desarticuló e incluso un niño murió sin que se pudiera determinar quién lo mató y cómo.³⁷

Este tipo de grupalidad confiaba en su líder, hasta que de pronto la realidad les puso de frente la verdadera constitución del grupo; este proceso no duró más de tres semanas; a pesar de saberse ilusoria la realidad del grupo, se prefiere vivirla aunque exista algún desenlace mortal.

³³ Así se le denominaba al punto de encuentro de callejeros (que llegó a tener hasta 90 sujetos) en el Museo Franz Mayer, muy cerca de la Alameda Central, que duró algunos años hasta que hubo un desalojo en 1998.

³⁴ Punto de encuentro de chicos callejeros desde hace más de quince años, según algunos informantes clave.

³⁵ Incluso se habla de algunos descendientes de ios ya conocidos "Panchitos", aunque provinieran, estos últimos, de conformaciones políticas; pero vale la pena recuperarlo aunque sea como un imaginario grupa! constituyente de esa realidad.

³⁶ Para nombrar a las chicas de la calle, regularmente se utilizan los siguientes calificativos, por parte délos chicos: *morras, rukas, putas, viejas, pinches viejas, puchas, cholas, chundas, chemas, chinflas*, etcétera. Este punto me llama la atención. Se está elaborando un texto sobre el atravesamiento genérico en los chicos callejeros. Hoy tengo la oportunidad de discutir sobre *este* tema con dos alumnas: Angélica Escantilla y Jocelin Mejía, quienes realizan una investigación sobre el género en niños ttabajadores.

³⁷ Fragmento de diario de campo, 1997-

En este caso los sujetos dependían de su líder; a pesar de que la protección que los llevó a juntarse era poco fundamentada, los sujetos se mantenían juntos en torno a él, aunque si analizamos con detenimiento el chico callejero no se unía a líder por identificación, sino por protección, incluso sobraría utilizar la visión psicoanalítica en torno a la búsqueda de la figura paterna; el sujeto lo que buscaba era poder pasar la noche.

Por otro lado, la grupalidad de los chicos callejeros posee una fuerte *representación global* en torno del propio fenómeno al que pertenece. Cuando se habla del término chicos de la calle, delante de los mismos jóvenes, se *defiende* a esa agrupación incluso cuando se trata de un grupo antagónico o hasta rival.

Recuerdo una ocasión en que durante la cena con los chicos (dentro de una institución) comenzamos a mirar en el televisor las imágenes de "Duro y directo": se observaba la fuerte lucha entre policías y chicos callejeros que comenzaba en la Plaza Solidaridad (donde estuvo el Hotel Regis, caído en el temblor de 1985) y terminaba en la Alameda. En primera instancia se armó un alboroto, e incluso hubo varios egresos de la institución, de quienes deseaban buscar a sus compañeros detenidos* otros comentaron molestos: "pinche tira... se pasaron de verga con las rukas"; "Me voy a salir y ahora sí les damos en su madre"; "están por la verga esos gueyes, nos agarraron desprevenidos, pero a la otra no se la acaban esos hijos de su..." Me llamó la atención la cuestión de pertenencia, los chicos participaban de esta situación sin siquiera haberla vivido; uno como vemos busca la venganza de algo que le hicieron a su grupo y que lo vive como si a él le hubiera sucedido; otro se vive como perteneciente al grupo, dice "nos agarraron desprevenidos", cuando ni siquiera pertenece a esa grupalidad.³⁸

La *identidad callejera* adquiere un símbolo fundamental para esta comunidad; en primera instancia, el espacio abierto conforma *un ideal ¿e, pertenencia a una construcción global-*, una totalidad conformada por los edificios, el espacio de tránsito de los ciudadanos y el espacio de protección (coladera, edificio viejo, carro, etcétera) durante la noche. El sujeto se identifica con una construcción sumamente ambigua, debido a la transformación constante de imágenes que lo conforman.

³⁸ Noras para un ensayo sobre medios masivos de comunicación y el fenómeno de niños de la calle que realicé en mayo de 1998.

En segunda instancia encontramos un sujeto que, a pesar de su transformación permanente, *busca un asidero* en la grupalidad de sujetos que al menos existen como imaginario: que serán esos otros sujetos callejeros, sucios, perseguidos, rebeldes, difusos, inconclusos, con una gran historia pero con futuro incierto. Ahí es donde el sujeto encuentra a otro que debe poseer como característica: el escape justamente a la posesión de seres, cosas o roles.

Finalmente, el sujeto buscará esos iconos del cambio para pelear por un lugar: *el adolescente rebelde, que destruye defendiéndose del aplastamiento real, simbólico e imaginario*. El niño de la calle busca iconos para identificarse, con la finalidad de seguir en estos diferentes niveles.

Las notas de periódico, televisivas o radiofónicas, repiten a este sujeto de la calle, lo nombran desde el propio lugar simbólico que los constituye: un discurso de escape, de rechazo, de descalificación y de inexistencia. El grupo callejero se busca y se encuentra ahí, en la no existencia como sujetos sociales de la función nómica societal.

El grupo callejero y su chico callejero están en los discursos urbanos que los pretenden ahí, como una grupalidad exenta, agonística, separada y trágica. Pero la grupalidad de sujetos, aún puede ser descolocada a través de otros discursos; la pregunta es: ¿cómo hacerlo? Considero que lo primordial aún es entender esta complicada formación social de la que conocemos ahora muy poco. Este texto pretende abrir campos de reflexión sobre la grupalidad callejera y los posibles campos de interrogación que existen para esta realidad.

El problema es que la interrogación que hagamos de este tipo de objetos nos lleva siempre a la relación vincular, con fuertes cargas afectivas. ¿Y por qué fuertes cargas afectivas? Porque justamente los imaginarios que conforman la sociedad son también parte de la subjetividad del investigador. Nuestra subjetividad también construye a ese niño malcriado, vacío, triste, doloroso, inmoral por el que hay que sentir lástima. El reto hoy se encuentra en cómo trabajar con el problema de la implicación, pero directamente en el campo de *la experiencia del encuentro*, directamente en el reconocimiento de la construcción que hemos hecho de esos sujetos, mientras sorteamos las consignas sociales que nos obligan a determinados tipos de encuentro.

El trabajo está abriendo campo para pensar las nuevas formas de entender la implicación, ante sociedades cada vez más complejas, pero al mismo tiempo más simples: a todas las conforma *la vacuidad*. Y uno de esos sujetos vacíos es el chico callejero, a quien debemos aprender a escuchar, más allá de las políticas asistencialistas, derechistas o sobreprotectoras. Es decir, logremos el verdadero encuentro que no ofrece otra cosa más que comprender. Para ello es fundamental entender que las conformaciones grupales que estructuran a esta colectividad no son las de los grupos que conocemos; creo que existe ahí un nuevo campo de intervención y de quehacer científico social.

Considero que es imprescindible acercarse a esta construcción humana eternamente cambiante que finalmente nos pertenece como ciudadanos y que por tanto hay que seguir reconociendo e investigando:

Y nosotros mismos y las cosas que nos pertenecen van y vienen, pasan y vuelven, y nada hay nuestro que no se convierta en ajeno y no hay cosa ajena que no acabe perteneciéndonos. Y no hay cosa alguna que de un modo natural sea externa, excepto la sustancia⁴¹ y la materia de la que está formada que, sin embargo, se halla en continua mutación.

REMEDIOS VARO

³⁹ Incluso nos remire a Hegel.

Bibliografía

- Anzieu, Didier (1971), *Dinámica de grupos pequeños*, Kapelusz, Buenos Aires.
- (1993), *El grupo y el inconsciente*, Biblioteca Nueva, Madrid.
- Baudrillard, Jean (2000), *Las estrategias fatales*, Anagrama, Barcelona.
- Bion, Wolfgang (1979), *Experiencia en grupos*, Paidós, Buenos Aires.
- Bogdan y Taylor (1998), *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*, Paidós, Barcelona.
- Calabrese, Ornar (1999), *La era neobarroca*, Cátedra, Barcelona.
- Calvino, Ítalo (1999), *Las ciudades invisibles*, Colección Millenium, Madrid.
- Delahanty, Guillermo (1997), *La marca de Lewin en grupos e instituciones*, Cuadernos del TIPI, UAM-Xochimilco, México.
- Dorfman y Mattelart (1990), *Para leer al Pato Donald*, Siglo XXI, México.
- Figa, Esperanza (1994), "Los niños de Garibaldi", en revista *Tramas. Subjetividad y Procesos Sociales*, núm. 6, junio, UAM-Xochimilco, México.
- Freud, Sigmund (1999), *Psicología de las masas y análisis del Yo*, Amorrortu, Buenos Aires.
- Gómez Luna, Quiroga (2002), "Pensar, sentir, vivir una institución", en revista *Tramas. Subjetividad y Procesos Sociales*, núm. 18/19, junio/diciembre, UAM-Xochimilco, México.
- González y Navarro (1989), *Metro, Metrópoli, México*, UNAM/UAM/IIIEc, México.
- Guattari, F. (1972), *Psychanalyse et transversalite*, Maspero, París.
- Laplanche y Pontalis (1987), *Diccionario de psicoanálisis*, Labor, México.
- Le Bon (1962), *Psicología de las multitudes*, Divulgación, México.
- Leñero Otero, Luis (1998), *Los niños de y en la calle*, Academia Mexicana de Derechos Humanos, México.
- Lourau, Rene (2000), *Libertad de movimientos*, EUDEBA, Buenos Aires.
- Mañero, Roberto (1993), "Los psicólogos y la implicación", *Las profesiones en México*, núm. 6: "La psicología", UAM-Xochimilco, México.
- (1992), *La novela institucional del socioanálisis*, Colofón, México.
- Morin, Edgar (1994), *Introducción al pensamiento complejo*, Gedisa, Barcelona.
- Pollock, Linda (1990), *Los niños olvidados. Relaciones entre padres e hijos de 1500 a 1900*, FCE, México.
- Ricoeur, Paul (2001), *Del texto a la acción*, tomo II, FCE, México.
- Sartre, Jean Paul (1998), *El existencialismo es un humanismo*, Peña, México.